

ERSIDE

Eduardo Oller



V.

El detective Juan Ollero y su fiel amigo Magín investigan en Barcelona una serie de atropellos con fuga que acabarán revelando una sorprendente conexión entre sí. Sus pesquisas, que los llevarán al Montseny y a otros lugares de la geografía española, toparán finalmente con la reaparición de uno de los mayores enemigos de la pareja, poniendo en riesgo sus vidas.

Erside es la tercera entrega protagonizada por Juan Ollero, un detective venido a menos que logra construirse, gracias a su compañero Magín y a su fuerza de voluntad, un áter ego imaginario, un «yo ficticio», con el que recupera parte de sus habilidades perdidas y que es, en realidad, una proyección del más famoso detective de todos los tiempos.



ERSIDE

Eduardo Oller

www.edicionesoblicuas.com

ERSIDE

© 2021, Eduardo Oller
© 2021, Ediciones Oblicuas
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys nº 3, 3ª 2ª
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-18397-37-0

ISBN edición papel: 978-84-18397-40-0

Primera edición: febrero de 2021

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

<u>I</u>
<u>II</u>
<u>III</u>
<u>IV</u>
<u>V</u>
<u>VI</u>
<u>VII</u>
<u>VIII</u>
<u>IX</u>
<u>X</u>
<u>XI</u>
<u>XII</u>
<u>XIII</u>
<u>XIV</u>
<u>XV</u>
<u>XVI</u>
<u>XVII</u>
<u>XVIII</u>
<u>XIX</u>
<u>XX</u>
<u>XXI</u>
<u>XXII</u>
<u>XXIII</u>
<u>XXIV</u>

[El autor](#)

I

Tal como ya era habitual, la fachada se reflejaba nítida sobre la superficie del pequeño estanque, y tal como ya era habitual, el público revoloteaba curioso por los alrededores. Así pues, todo era muy habitual en un marco de por sí nada habitual hasta que alguien reparó en ellos.

A media altura de las torres, allí donde toman del abeto la forma de una piña y le invierten las escamas, se dejaban ver agazapados. Eran cuatro, y cada uno de ellos aguardaba en silencio y aferrado a un alveolo, justo aquel que da inicio a la segunda de las tiras visibles al frente de cada torre.

De complexión más bien escasa y estatura nada desmedida, se les podía presumir ágiles, flexibles y ligeros. Parecían estar en cuclillas y dispuestos para el salto, únicamente a la espera de notar sobre sí mismos la mirada fascinada de todos y cada uno de aquellos sorprendidos ojos.

Sin previo aviso o indicación aparente alguna, tensaron músculos y se lanzaron al vacío.

Cuerpo arqueado en rectitud extrema, mirada al frente, pies en plano con el horizonte, brazos abiertos hasta lo indecible y forma precisa de poderosa cruz. Su inesperado reflejo en el lago los enmarcó entonces como aves migratorias, aves que, tan pronto alcanzaron el cenit de su

vuelo, empezaron a caer, dejando suspendidas en el aire las miradas y los ánimos.

A cada uno de ellos le siguió una cinta de colores, cinta que les unía por los pies a la pétrea cavidad.

Justo al finalizar las cintas, un eléctrico movimiento los devolvió a la verticalidad humana. Sus brazos, fuertes y fibrosos, los izaron nuevamente remolcando unas piernas rígidas y voluntariamente inmóviles. Los espectadores, hasta ese preciso momento únicamente atentos, se dejaron vencer al fin por el asombro.

Nieves estaba invitada a tomar un café en casa de su amiga Elisa.

Era aquel un elegante pisito que se asomaba al «hospital de los pobres», por un lado, y a la iglesia de «piedra hecha bosque» por el otro, y, sin embargo, las dos permanecían completamente ajenas al vibrante espectáculo callejero.

—Pues hace tiempo que no sé nada de ella. De todas formas, Nieves, Marisa siempre ha sido un poco estirada.

—¡Mujer! —exclamó ella—, estirada no, reservada..., pero no estirada ni engreída. A mí no me ha caído nunca mal, lo que ocurre es que es muy prudente.

En realidad, a Nieves no le agradaba cuchichear o decir mal de los demás, pero conocía a Elisa desde la juventud, y si bien el cotilleo sí que era algo más de su agrado, la reciente viudez también la había atemperado un tanto. Así que, siempre que lo proponía, se acercaba hasta su casa para disfrutar de un café en compañía.

Lo que sí se permitía en ciertas ocasiones era comentar con ella los casos más interesantes del señorito Ollero. No obstante, desde la desgracia de aquella chica llamada Cristina, todo había sido bastante soso en ese aspecto.

Así que Elisa se dedicó de nuevo a despellejar a Marisa.

Estaban sentadas una enfrente de la otra y con la mesita de centro como si fuese una «H»; muda e intercalada. Elisa

daba la espalda al ventanal del comedor, mientras que Nieves lo tenía justo enfrente, pero su empeño era únicamente convencer a la anfitriona, así que en realidad no lo miraba.

—El problema de Marisa es que desde que enviudó anda un poco descentrada, pero dale tiempo, ya verás.

—Eres demasiado buena, Nieves —replicó Elisa—, te digo que siempre ha sido así. Bueno, es igual —zanjó finalmente para cambiar de tema—, vamos a meternos con la ex de tu señor detective... ¡Nieves!, ¿ocurre algo?

De repente, Nieves parecía mirar fijamente la ventana, como sorprendida, casi perpleja. Elisa se giró para ver de qué se trataba, nada.

—¡Ay!, perdona, hija —reaccionó Nieves—, por un momento me ha parecido ver algo. Habrá sido un reflejo.

Se disponía a seguir conversando cuando el reflejo apareció de nuevo, pero ahora dando volteretas y luciendo al viento lo que parecía ser una coleta o una cinta de pelo. Tal como vino se fue.

Claro que aquella figura había aparecido a una cierta distancia, y únicamente un instante, pero la pobre Nieves no pudo por menos que pensar en un acróbata oriental. No obstante, aquello no era posible, la ventana estaba prácticamente por encima del árbol del nacimiento, y nadie podía saltar hasta esa altura; entonces aparecieron dos. Al cabo de unos pocos segundos, el horizonte se había llenado de orientales apareciendo y desapareciendo. Las dos amigas se acercaron a mirar.

Conforme Elisa abría las hojas de la ventana, Nieves no pudo evitar recordar unas fiestas de Gracia años atrás, fiestas en las que cenó una noche en casa de Marisa.

La buena —o no tanto— de Marisa vivía con su familia en el distrito de Gracia, más concretamente en el Paseo de San Juan. Por aquel entonces, el paseo se llenaba de atracciones durante las veraniegas fiestas del barrio, y se daba la circunstancia de que el comedor del piso —una

segunda altura— miraba directamente al lugar en el que se levantaba el martillo de péndulo.

Tal como ella lo recordaba, la cena de aquellos días se servía con la aparición en la ventana de una góndola al revés, cosa más o menos soportable de no haber ido llena de gente, gente con la cara descompuesta y gritando ¡Ahhhh! ¡Ahhhh! Sorbo y aparición, sorbo y aparición, postre y aparición... Nunca llegó a aclararse del todo, si los gritos se debían al estrés y a la emoción del momento o a la fealdad de algunos comensales. Tras ese agradable recuerdo, Nieves ayudó a su amiga.

Una vez asomadas al alfeizar se asombraron por la magnitud del evento, pero lo esquinado de su posición, y una propaganda electoral que ondeaba por doquier, hacían muy difícil apreciarlo en toda su extensión. Así que decidieron bajar a la calle y acercarse hasta la plaza del lago. El espectáculo era sencillamente impresionante.

Aquellos voladores se cruzaban y descruzaban con las cintas como único sostén, subían y bajaban con una facilidad y una exactitud realmente pasmosas, y sus evoluciones eran tan elegantes que costaba creerlo. Así que aun a riesgo de parecer irreverentes, las dos amigas estuvieron a punto de abrazar una nueva religión, la de la geometría voladora.

En cualquier caso, Elisa estaba un tanto perpleja por no haber visto anunciada semejante exhibición. Tras varios años de vivir en él, se conocía todo su barrio al dedillo, y advertía en seguida los carteles de interés.

Entonces cayó en la cuenta: la propaganda que debía de haberla alertado «se perdía» entre las de la campaña electoral que había comenzado hacía poco. Simplemente, aquellos días no miraba los carteles.

A todo esto, los acróbatas habían regresado de nuevo a sus alveolos de origen, se habían enrollado la cinta al cuerpo y parecían dispuestos a ejecutar otro salto. Así fue.

Prácticamente a modo de despedida, se dejaron caer en curioso movimiento hasta alcanzar una sorprendente posición horizontal; fue entonces que la gravedad les reclamó y que empezaron a ganar velocidad de giro. Al agotarse las cintas, cual si de cuatro perfectos carretes de hilo se tratase, detuvieron sus caídas a diferentes alturas con respecto al árbol de la vida.

Recuperada la posición vertical, saludaron al público y empezaron a balancearse. Cada vez más cerca del hermoso ciprés, cada vez más jaleados por los ¡oleee! y ¡uyyy! del público.

En un momento determinado se soltaron de la cinta y, con precisión casi milimétrica, fueron a parar a la base del ciprés, allí donde el pelícano cristífero cuida incansable de sus crías, mas con tan mala fortuna que... ante el leve impacto de uno de ellos, el pelícano cedió por la base e inició su vuelo final, un vuelo sin cinta ni opción a reintento. Al concluir el trayecto, su sacrificio se repartió por el suelo en multitud de pequeños e irreconciliables trozos, aunque, afortunadamente, el estropicio no pasó de ser un mero susto.

II

Pottery no solía perder el control de los nervios bajo ningún concepto, y era perfectamente capaz de dominar sus actos y sus instintos fueran cuales fuesen la situación o el momento y, sin embargo, el escenario le superaba. Le superaba y lo hacía por dos motivos concretos.

En primer lugar, por los ojos de Magín: denotaban miedo, angustia y súplica, aunque, a la vez, una confianza plena en él. En segundo lugar, por el propio escenario en sí.

Pottery acababa de descubrirse a sí mismo asiendo fuertemente una cuerda, cuerda de cuyo extremo contrario pendía agarrado el pobre Magín. No obstante, eso hubiese supuesto un problema relativo de no haber sido por el agua. En su misma vertical caía agua en abundancia, un agua que amenazaba con arrancar a *Magín* de la cuerda y llevarlo con ella hacia el estrépito.

Incapaz de recordar cómo ni por qué habían llegado hasta allí, John se empeñó en repasar todos y cada uno de los parajes por él conocidos, y es que ese era el principal escollo en aquella insólita situación, el lugar.

Un inesperado golpe de agua casi le arranca la cuerda de las manos.

—¡Dios, John..., esto se acaba! —gritó Magín entre desesperado y resignado—.

Los ojos de Magín denotaban miedo, angustia y súplica, pero a la vez una confianza ciega en él. Estaba claro que aquello no iba a acabar allí, al menos no en cuanto a lo que de John Pottery dependiese.

—¡Aguanta fuerte, Magín, voy a hacer otro intento!

El estruendo del agua dificultaba enormemente la audición, sobre todo para Magín, así que Pottery decidió no gastarse en esfuerzos inaudibles y empezó a tirar. Sin embargo, con cada nuevo intento de arrastre, su ánimo se desfondaba un poco más. Paró un momento para reponer energías; fue entonces que reconoció el lugar: el Salto de la roca Gironella, en San Miquel del Fai.

Aquella era una cascada de treinta y siete metros de altura, una cascada cuyo salto podía completarse con un solo de cuarenta, y cuya *balma* estaba preparada para hacer escalada. Lo sabía porque él la había practicado en alguna ocasión.

Sea como fuere, aquel lugar debiera de haber estado mucho más seco y practicable. ¿Acaso las lluvias habían dado vida al río Tenes?, ¿en qué época del año estaban? John cada vez veía menos claro el contexto y el futuro, treinta y siete metros de caída eran insalvables, necesitaba ayuda y la necesitaba pronto.

Prácticamente al límite ya de sus fuerzas, una mano inesperada asió la cuerda con él, una mano inesperada e incondicionalmente amiga, aunque quizá no especialmente poderosa. John se giró... ¿Nieves?... ¿es usted?

—Hola, señorito John, ¿le ocurre algo?

Pottery se sintió sobrepasado, de manera inconsciente y sin poder evitarlo, abrió totalmente las manos. Acto seguido, se oyó el estremecedor grito que anunciaba la caída de Magín.

—¡Ahhhhhhhhhhh!

—John se giró hacia la catarata y se lanzó tras él.

—¡Magínnnnnnn!

En el punto en el que la debacle final parecía ya irreversible, abrió los ojos.

—¡Señorito, señorito!, ¿qué le ocurre?, es solo una pesadilla, no se preocupe.

La bondadosa cara de Nieves apareció entonces ante él, pero el espejo que colgaba en la pared siguió devolviendo el reflejo de sus espeluznantes caídas.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —gritaba Magín.

—¡Magínnnnnnnnnnnnnnnnnn! —gritaba John.

—¡Señorito, señorito!, ¿qué le ocurre?, es solo una pesadilla, no se preocupe.

La bondadosa cara de Nieves apareció entonces ante él, mas en esta ocasión el espejo devolvió únicamente la imagen de Juan Ollero. Un Juan Ollero totalmente desconcertado, perplejo, y sudoroso.

Se sentó junto a Nieves y rodeó el tazón con sus manos. Conforme su nariz aspiraba las volutas olorosas, el alma iba volviendo a su ser.

—Ah, Nieves, ¡qué bueno está este café con leche! Podría resucitar a un muerto... —exclamó con una cierta sensación de desamparo.

—Vamos, señorito Juan, que solo ha sido una pesadilla. Lo que debería hacer es salir y distraerse un poco, llame a su hijo..., o al señorito Magín.... ¡Es verdad! —exclamó como si una idea la hubiese iluminado de repente—, ¿por qué no van a ver el espectáculo de la Sagrada Familia? Son unos acróbatas orientales que están hasta mañana. Aunque ayer, menudo susto: al acabar tiraron sin querer una gaviota.

—¿Una gaviota? —preguntó Ollero, un tanto extrañado.

—¡Ay! ¡Válgame el cielo!, un pelícano..., me parece. Bueno el caso es que se hizo añicos el pobre, pero no pasó nada, y la verdad es que vale la pena verlos. ¡Anímese, hombre!

Una vez aseado y en perfecto estado de revista, Ollero se dirigió hacia la Avenida del Portal del Ángel. Al parecer, Magín quería enseñarle alguna cosa, después irían a comer juntos a Can Ganivets.

Situada prácticamente aneja a la catedral, la Avenida del Portal del Ángel debe su nombre a una de las puertas de la antigua muralla, y ha llegado a convertirse en un enclave comercial de primer orden. Penetrar en su torrente humano es como peregrinar entre las compras para coquetear con ellas y cumplir sus cuatro fases: la opulencia de adquirirlas, el deseo de tenerlas, el hastío de aburrirlas o el ultraje de ignorarlas, y de paso actuar como Narciso ante el espejo: viendo y dejándose ver. Todo ello trufado, además, por miríadas y miríadas de turistas.

La mercería de Magín abre sus puertas en un extremo de la vía, justo el opuesto al que luce el reclamo de una conocida óptica: un enorme e icónico termómetro. Sita en aquel lugar desde que sus padres la fundaran (y rodeada después por la imperante modernidad), aquella tienda había vendido lanas y complementos a multitud de clientes, y todavía lucía en su orgulloso escaparate lo que una maestra de las agujas denominó como «valonas de artesanía». Magín le hizo ademán de que entrase.

—Buen día, «Don Juan» —saludó en tono bonachón.

—Hola, Magín y compañía, buen día.

—Buen día, señor Juan —contestó a su vez el dependiente.

—Mientras repaso estos números cuéntame algo que no sepa, después nos vamos a comer. Son solo cinco minutos, y esta tarde se quedarán las chicas, así que podemos dedicarnos a lo que quieras.

—He soñado que te matabas al caer por una catarata.

—¡...!

Los dos miraron a Ollero un tanto perplejos. Durante un par de segundos, dependiente y propietario aguardaron expectantes ante la continuación de lo que suponían una